

«ébano y contemplando las cicatrices de los golpes de la lanza y de sable de que estaban surcados su busto y sus brazos, quedó llena de estupor y se echó a reír de alegría al contemplar la elevada estatura de su primo.»

Humillado Antar con la risa de su amada, reflexionó un momento y en seguida le respondió con estos versos improvisados:

«La blanca y delicada Abia se rie al ver mi color negro y la huella de las lanzadas que ha recibido mi cuerpo. No reirías, oh Abia, no te admirarías, cuando estoy cercado de enemigos, si vieras en su pecho mi lanza sólida sobre la cual corre la sangre como bordados de púrpura. Entonces soy el león del desierto, y me maravillo de que á la hora del combate pueda mi enemigo ver mi rostro y sobrevivir á su espanto.»

Trajeron á Antar otros vestidos; se cubrió con ellos, y pasó así nueve dias en la tienda de su tío, comiendo, bebiendo y conversando con su amada

SEGUNDA PARTE.

I.

Al décimo dia le pregunto su tío Malek cuáles eran sus intenciones respecto á su hija, y que dote pensaba darle?

«¡Oh tío mío, respondió el joven, lejos de mí la afrenta de poner precio á ese rostro de luz, á ese talle de palmera, á esa perla del océano, á esa virgen envuelta en su pudor! Decidme vos mismo lo que deseáis y no me pidáis sino una dote superior á lo que todos los reyes y guerreros de la Arabia y de la Persia no podrían darle.»

Malek le pidió mil camellas *acéfyf*, las mas raras y estimadas de los árabes. Antar se las prometió cargadas ademas con todas las riquezas de sus amos; en seguida marchó pensativo de la tienda de su tío para ir á cumplir su promesa y pagar el precio de Abia.

II.

Llegó por la tarde, acompañado solamente de su hermano Cheioub delante de una tienda solitaria de pelo de cabra negra al rededor de la cual andaban paciendo algunos camellos escudados. Un anciano salió de la tienda al ruido de los pasos de sus caballos; su cuerpo estaba

agobiado por el peso de los años; el tiempo y las miserias de la vida le habian descarnado.

«Este anciano, dice el poeta refiriendo este encuentro, marchaba sobre la espalda de la tierra, y su barba descendia hasta sus rodillas.»

«¿Porqué marchas así encorvado, le dije? — He perdido mi juventud sobre la tierra, me respondió levantando una mano hácia mí, y me bajo para buscarla!»

Antar se apeó del caballo á la puerta de la tienda. Su caballo Abjer iba cargado con la caza que habia matado en el camino. El viejo encendió lumbre, les preparó una comida, y comieron y bebieron hasta la noche. Habiendo preguntado el ermitaño al guerrero el objeto de su viaje, Antar le contó la promesa que habia hecho á su tío.

«¡Maldiga Dios á tu tío, respondió el anciano, porque ha urdido tu muerte exigiendo de tí semejante dote: esas camellas no se encuentran mas que en las tierras del rey Moundir, que se estienden entre la Arabia y la Persia, y cuyo poder temen igualmente los persas y los árabes. Tu te arrojas en un fuego, cuya llama no se extinguirá mas.»

«No hay fuerza y poder sino en Dios que lo sabe todo, replicó Antar consternado, aunque que perseverante en su designio. ¡Cómo! ¿Habré dicho sí á mi tío para decirle ahora no? exclamó; ¡oh! eso no será jamás, aunque tuviese que servir de pasto á las fieras!»

Y se durmió bajo la tienda del anciano y al dia siguiente al despuntar la aurora, tomó Antar el camino de Irak, provincia de la Persia, sometida al rey Moundir.

La descripción que hace en sus versos de la tierra de Irak revela en él al poeta descriptivo del mas rico pincel.

«Allí, dice, se ofrecieron á mis ojos casas numerosas y llenas como colmenas, vastos prados, parterres brillantes de flores, regados por fuentes y surtidores jugueteros, calabos árabes de variado pelo, brincando acá y allá en el llano como las olas del mar al viento de la mañana, regocijaban la comarca y hacian temblar las hojas de los árboles con sus relinchos; tiernos camellos con sus maldres, dromedarios rápidos como el polvo debajo del viento, esclavos, niños y doncellas negras de cabellos rizados. Abriase allí un valle, el mas risueño que los genios han embellecido jamás; el agua se desbordaba en él por todas partes, semejante á plata líquida; los perfumes de las yerbas esparcian el olor del musgo; millares de pájaros, tórtolas, mirlos, gorriones, palomas, tórtolas, perdices y codornices cantaban en los surcos ó exaltaban sobre las ramas el nombre de Dios; y los pavos reales desplegaban el brillo de su ropaje, como si el Creador los hubiese vestido con los mas radiantes colores y hubiese vertido sobre ellos el coral y el jacinto.»

Antar y Cheioub hicieron gran carnicería en aquellos esclavos fieles, y se llevaron el ganado al desierto.

IV.

Entretanto el hijo del rey Moundir, Homan, guerrero intrépido, avisado por los gritos de los pastores, junta mil ginetes y se arroja á la persecucion y á la venganza. Antar se vuelve y para al ruido del galope de sus caballos y balanceándose orgullosamente sobre su caballo, dice el poema, con la sonrisa de la indignacion y del desafio en los labios, los espera como la tierra sedienta espera la primera lluvia.»

El grito terrible que lanza asusta á los ginetes y detiene á los caballos.

«¿Qué es eso? esclama Homan indignado reprendiendo á su gente por la turbacion que se habia apoderado de ella, ¿temblareis ante un miserable esclavo negro?»

Trábase un combate encarnizado que dura hasta la hora de las tinieblas. Antar, rendido de una lucha que se reproduce sin cesar, cubre inutilmente la tierra de cadáveres de hombres y caballos; su brazo se cansa; Abjer cede bajo el peso de su amo y se echa al suelo; levantándose en seguida y abriéndose paso por entre los enemigos, huye al desierto, dejando al ginete tendido sobre la sangre.

Cheioub, que contemplaba á cierta distancia aquella lucha, viendo caer á su hermano Antar, se lanza con toda la viveza de su corcel hácia el desierto, escapa de los que le persiguen y llega solo á la puerta de una caverna abierta en el flanco de una montaña.

Sobre la puerta de la caverna un joven de tez morena y curtida miraba pacer sus carneros y sus cabras. Delante de él ardía un fuego escaso donde se asaba un pedazo de cabrito.

«¡Oh joven, le grita Cheioub, protégeme, á tí me entrego, imploro tu hospitalidad. Mi muerte es inminente y los que han matado á mi hermano, van á alcanzarme.»

«Por el cielo, le responde el mancebo, yo te protegeré contra todos los que comen pan y beben agua. Entra en la caverna, antes me dejaré matar que entregarte.»

Apenas el pastor habia pronunciado este generoso juramento, cuando los ginetes del rey Moundir, persiguiendo á Cheioub y habiéndole visto de lejos refugiarse en la caverna, llegaron é intimaron al pastor que les entregase su huésped, pues las costumbres del pais prohibian matarlo en el hogar de su protector.

«Hazle salir ó te matamos,» dijeron los ginetes al pastor.

«Nobles árabes, les respondió el pastor, no violeis la fe que he jurado á ese fugitivo; alejaos de la puerta de la caverna á cuarenta

pasos, á fin de que tenga yo derecho de retirarle mi proteccion y despues hareis lo que os parezca.
—Hágase como dices, contestaron los guerreros, y se alejaron cuarenta pasos de la caverna.»

V.

—Estrangero, dijo el pastor á Cheioub volviendo á entrar en la cueva, ya lo has oido todo, nada puede salvar tu vida; pero prefiero sacrificarla á faltar á la hospitalidad que te he jurado. Despójate de tu ropa, tomala mia, sal y di á los guerreros: El estrangero no ha querido abandonar su asilo: haced de él lo que queráis, os lo entrego; despues, cuando los veas apearse de sus caballos para penetrar en la caverna, huye á todo escape por entre esas rocas y déjalos que se venguen en mí por tu fuga. Aquí tienes mis alimentos y mi saco, toma este palo y que la noche te sea propicia!»

Cheioub se puso el traje del pastor, cogió el palo y salió de la caverna. Las sombras de la noche ocultaban su rostro; dijo á los ginetes lo que habia sido convenido, y alejándose fingió reunir sus carneros para echarlos delante y desapareció entre las rocas.

VI.

Los guerreros de Moundir se apearon de sus caballos, entraron en la cueva y obligaron á salir al jóven. Haciéndole acercar á la luz del fuego para mirarle, conocieron con rabia que era el pastor disfrazado con la ropa de Cheioub.

—¡Desgraciado! le dijeron desenvainando sus sables. ¿Por qué nos has engañado y te espones á la muerte para salvar á un estrangero, el mas vil de los árabes?»

—He querido, dijo el pastor resignado, rescatar con mi vida la snya que habia jurado defender á todo trance. Haced de mí lo que queráis.»

Los guerreros, llenos de admiracion por tanta virtud, le perdonaron y elogiaron su conducta. Dejaron que se alejase, lleno de gloria y digno de alabanzas eternas.

VII.

Durante esta fuga de su hermano, Antar luchaba todavía á pie contra la nube de enemi-

gos que le cercaba. El cansancio y no el acero le derribó al fin en tierra. Cogido y maniatado con cuerdas por los guerreros fué arrastrado por el polvo hasta los pies del hijo del rey, Homan. El rostro varonil y amenazador del héroe, su aspecto aterrador, su elevada talla, y la amplitud de su cabeza asombraron al jóven principe:

—«Apretar mas las ligaduras, dijo á sus guardas, atadlo sobre los lomos de un caballo y llevadlo al rey para que él mismo decida de su suerte!»

—«¿Quién eres?» le dijo el rey que volvía de la caza rodeado de sus cortesanos.

—«Soy un árabe de la tribu de Abs,» respondió Antar.

—«Eres de la raza de sus nobles ó de sus esclavos?» continuó preguntando el rey.

—«Principe, dijo Antar, para los hombres generosos, la nobleza es el choque de las lanzas, el silbido de las flechas, el golpe de los sables sobre las corazas y la paciencia en los campos de batalla. Yo soy el médico de la tribu de Abs cuando está enferma, su protector cuando está amenazada, el defensor de sus mugeres cuando tiene que huir, su héroe cuando se envanece con su gloria y su sable cuando vuela al combate.»

El rey admirado de aquella poesia y elocuencia en la boca de un esclavo negro, le preguntó quien le habia obligado á venir á asolar sus tierras y arrebatar sus camellas. Antar le confesó que era su amor á su prima Abla y la astuta exigencia de su tío Malek, que habia puesto ese precio á su hija.

El rey se admiró de que con tanto valor, elocuencia, poesia y elevacion de sentimiento en el alma, se hubiese espuesto de aquella suerte á su pérdida por una muchacha árabe.

—«¡Oh señor miol contestó Antar al rey, el amor es el que impele al hombre á montar á caballo y correr al peligro; por él caen rodando en el polvo las cabezas de los bravos; solo premia á los amantes que han probado la amargura de la ausencia despues de las delicias de la vuelta, y han velado largas noches. La desgracia viene siempre de las miradas lanzadas al través de un velo de muger.»

Gran ruido y tumulto interrumpieron esta conversacion. Vinieron á anunciar al rey Moundir que un leon, mayor que un toro, provocado por sus cazadores, acababa de lanzarse sobre su comitiva y sembraba la carnicería y la muerte por todas partes.

—«Oh rey, dijo Antar, mandad á vuestros compañeros que me dejen solo con ese leon; si me mata, quedareis vengado, porque yo mismo he matado á gran número de vuestros guerreros y esclavos; pero si yo le mato, recompensadme dándome la vida y la libertad. Pero no desateis mas que mis manos y dejad á mis pies sus trabas, porque ó matare al animal, ó no tendré el desierto para huir delante de él.»

El leon sucumbió. Antar no lanzó al derribarlo sino un grito de triunfo: «Todavía soy el amante de Abla.» Entonando despues un canto de victoria mezclado de quejas sobre su suerte, cuenta en versos heróicos su infortunio, su derrota y su cautiverio:

«Fui llevado ante un rey generoso, dicen las últimas estrofas de este canto; luché con un leon fiero á la mirada y rudo en el combate.»

«Su cara tenia la anchura de un escudo, y sus pupilas lanzaban chispas como un fuego de noche.»

«Le he abierto de un solo golpe con mi sable, yendo á él con los pies atados.»

«Esperaba que el rey me concediese en recompensa la dote de Abla, exigida por mi tío, las camellas de acefyr...»

«Por el firmamento, exclamó el rey escuchando y admirando á aquel esclavo, este negro es la maravilla del mundo. Reune el heroísmo á la elocuencia y la audacia á la constancia en las cosas difíciles y que causan el estupor de los hombres ordinarios; si puedo quedarme con él, haré ver por su medio la superioridad de los árabes de mi raza sobre los persas del rey Choroés, de que soy tributario.»

Volviéndose luego á sus guardas, añadió: —«Retened á este negro prisionero en mi córte, porque en la tierra no hay otro igual, y podrá un día glorificar la mano que le perdona.»

Antar fué objeto de todos los miramientos compatibles con el cautiverio.

VIII.

Poco tiempo despues habiendo ido el rey Moundir á llevar su tributo á Choroés, el gran rey de Persia, fué convidado á un festin por este monarca. Los cortesanos de Choroés, queriendo burlarse de la simplicidad de aquel rey de los pastores, hicieron servir á la mesa del monarca dos canastillos de dátiles enteramente iguales en la apariencia; pero los que sirvieron al rey y á sus cortesanos estaban deshuesados y habian puesto en lugar del hueso alfonsigos y miel; al paso que los que colocaron delante de Moundir eran dátiles verdaderos cuya carne envolvía el hueso. Viendo el rey Moundir á Choroés y sus cortesanos comer aquellos dátiles falsificados sin arrojar el hueso, creyó por respeto deber imitar á su soberano y comió el hueso con los dátiles. Choroés y sus cortesanos soltaron la carcajada, y como Moundir les preguntase la causa de tan estrepitosa risa, le confesaron su superchería. El huésped ultrajado fingió reirse tambien de su error; pero se retiró profundamente irritado del abuso que su soberano habia hecho de su

cándida credulidad y meditando la venganza. Al volver á su pais montañoso escribió una carta de queja y desafió al rey de Persia para que le diese satisfaccion de aquel ultraje. El rey envió un ejército para someter á Moundir, y cuando éste vió acercarse el ejército persa se arrepintió de lo que habia hecho y dijo: —«Veo que mi carta ha ofendido á Choroés; mis palabras no eran convenientes. Las ligerezas de la lengua son las calamidades del hombre.»

Un sátrapa, llamado *Kosrouan*, enemigo del rey Moundir y que aspiraba á poseer sus Estados, mandaba el ejército del rey de Persia. Vencedor de los árabes de Moundir en el primer encuentro, puso sitio á la ciudad de *Hira*, capital del último refugio del vencido. Moundir reducido al último extremo llamó á sus hijos y guerreros á un gran consejo de guerra, y en él se resolvió hacer una salida desesperada sable en mano, cercar á las mugeres, á los niños y los tesoros con una muralla de acero y refugiarse en el desierto para ir á pedir asilo, socorro y venganza á los árabes labradores.

Al saber esta resolucion de espatriar su pueblo, los esclavos de la córte del rey que custodiaban á Antar se echaron á los pies de su señor y le dijeron:

—«Oh padre, el guerrero cautivo de la tribu de Abs, que está encerrado bajo nuestra guarda, habiendo oido esta mañana el tumulto de la ciudad y preguntándonos la causa que lo producía, le hemos dicho todo lo que pasaba, á que ha contestado:

—«Conducidme á la presencia del rey; yo le revelaré el medio de destruir sus enemigos, aunque sean tan numerosos como los granos de arena del desierto.»

Antar fué presentado al rey. —«¡Por el cielo! exclamó, mi pecho ha estado á punto de estallar de cólera y vergüenza, cuando he sabido que los árabes iban á huir delante de esos perros de persas. Los árabes, continuó, son sufridos en el combate y mueren bajo los cascos de los caballos; pero no soportan el baldon salvando su vida por medio de la fuga. Prometeme la dote de la hija de mi tío; nancdad que me devuelvan mi sable; mi caballo Abjer y mi coraza de combate; poned á mi disposicion mil ginetes de vuestro ejército para ejecutar la manobra que les mande y vereis lo que sucede á vuestros enemigos.»

El rey, confiando en el brazo de su cautivo, consintió en todo y llamó á sus guerreros á las armas. Antar entonó su canto de guerra:

—«Yo me sumergiré, dijo, en la nube de polvo hasta que encuentre á ese sátrapa Kosrouan y le haré beber la copa de la muerte. El probará sobre el filo de mi sable una bebida despues de la cual no gustará ya la del agua.»

Luego que hubo cantado estos versos, exclamó: «Por tus ojos, oh Abla! y se lanzó sobre los persas.»

Se lanza, dice el poeta, era como el destino; acortaba las vidas.

Su ejemplo volvió la intrepidez á los mil ginetes de Moundir, los cuales hicieron retroceder á los persas lejos de las murallas de la ciudad. Acampado Kosrouan á la retaguardia supo por los fugitivos la derrota de los suyos ante un guerrero negro á caballo, mas impetuoso, decían que el Simoun. Juró atacarle él mismo en persona al día siguiente y lavar en su sangre la vergüenza de su derrota.

El rey Moundir por su parte salió al encuentro de Antar, le hizo entrar en su tienda y comer con él. «Si supiera, dijo el rey al joven vencedor de los persas, que era una felicidad para ti quedarte en nuestro país, mandaría traer á Abla de grado ó por fuerza; pero temo que tu corazón suspire por tu país y tus tiendas.»

—«Oh señor mio, respondió Antar, no tengo valor para quedarme aquí: cada día pasa sobre mí con el peso de mil años; sin embargo aunque tuviese que morir en esta ausencia y derretirme al fuego de mis recuerdos y pesares, no marcharé hasta que no esteis vengado de Kosrouan.»

Así pasaron la noche hablando de la batalla del día siguiente bajo la tienda, mientras que los hijos del rey velaban por la seguridad del campo de los árabes.

IX.

Kosrouan entretanto juraba á sus gefes que á la mañana siguiente mataría á aquel genio invencible bajo la figura de un negro, y se quedó dormido en brazos de la certidumbre de su triunfo.

Al rayar el alba, un guerrero, dice el poema, salió de las filas del ejército de los árabes y avanzó hacia el espacio vacío que lo separaba de los persas. Iba envuelto en su armadura de hierro; un sable colgaba de su cintura; su mano sostenía una gran lanza; montaba una yegua de pelo amarillo como oro reluciente al sol, tal como no se ha visto jamás; sus nervios eran sólidos, su larga cola trazaba un surco en el polvo: era la gloria de los corceles árabes, el viento que corre, el rayo que brilla y la tempestad que derrama. El guerrero que sobre ella cabalgaba la hacía correr y saltar por el llano para evaporar su fuego y calmar su impaciencia. Los persas de la vispera, espantados, le reconocieron, era Antar, hijo de Schedad. Su yegua salía de los corrales del rey Moundir que se la había prestado, porque Abjer, causado y herido el día anterior tenía necesidad de reposo. Habiendo visto Antar que esta yegua era firme de corazón y fogosa en el combate

galopaba, lanza en mano, desafiando á Kosrouan en sus versos.

Insultado éste se lanzó sobre un caballo persa de boca blandísima, que adivinaba el pensamiento en la mano de su amo. Cubriale una coraza de mallas tan estrechas como los ojos de las langostas. Las azagayas resonaban sobre su muslo, las flechas en su carcaj y una maza de armas de punta de hierro pesaba apenas como pluma en su mano derecha.

Los dos guerreros se lanzaron uno sobre otro; una nube de polvo levantada por los cascos de sus caballos entrecrocados, los ocultó á las miradas de ambos ejércitos. No se oían mas que los golpes sin ver su lucha, como dos truenos en una misma nube. Kosrouan salió al fin de aquel torbellino persiguiendo á Antar con sus venabos, que el árabe paraba y desviaba con su lanza, hasta que espiondo el persa un movimiento de Antar que dejaba su frente descubierta, le arrojó su pesada maza que ya en su pensamiento aplastaba al hombre y al caballo; pero Antar galopando al encuentro del golpe recibe la maza en su ancha mano, la coge, la hace girar con sus cadenas como hace el niño con una honda y lanzándola con toda su fuerza sobre Kosrouan, le derriba sobre el polvo con las costillas rotas y sin aliento. ¡Había muerto sin haber sentido el gusto de la muerte!

A esta caída del invencible de sus guerreros y de su sátrapa huyen los persas perseguidos é inmolados por los árabes.

Un solo hombre decidió de la victoria. El nombre de Antar se halla en todos los corazones. Vuelve triunfante á la cabeza de los guerreros de Moundir, teñida de sangre su armadura.

Moundir le acogió como el enfermo que recobra la salud, le dió las mil camellas, envió un embajador á la tribu de Abs para traer á Abla á su héroe y celebrar las bodas en su capital. Solo exigió que Antar no abandonase sus Estados hasta que hubiese obtenido el perdón y la reconciliación con Chosroés, su soberano, pues, como ya se ha dicho, estaba arrepentido de haberle ofendido. No tardó en presentarse favorable coyuntura para esta reconciliación.

Un guerrero romano, á quien el poeta da el nombre bárbaro de Bathramouth, había llegado á la corte de Chosroés para someter el imperio persa á la fé de Cristo, que ya en aquella época comenzaba á difundirse por Oriente. Este Bathramouth, medio apóstol y medio soldado, hacia en la corte de Persia prodigios de fuerza y destreza en las armas que humillaban á los guerreros de Chosroés. Sesenta veces vencedor de los mas afamados caballeros persas en combates singulares ante el rey de Persia, retaba inútilmente á nuevas pruebas á todos los héroes del Irán y de la Arabia. Un sabio visir, que contaba mas de un siglo de edad, aconseja á Chosroés que se re-

concilie con su antiguo amigo el rey Moundir y le llame á su corte con un centenar de los mas intrépidos ginetes del desierto, entre los cuales hallará tal vez Bathramouth un rival digno de él y un vengador al honor de la corona.

Moundir llega, y trae á Antar montado sobre Abjer.

Después de cinco horas de combate encarnizado en el palenque Antar inmola á Bathramouth. La Persia triunfa de los romanos por el brazo de un esclavo negro. El rey Chosroés le da las riquezas del vencido y le admite á sus festines antes de despedir á Moundir. El lujo afeminado de la mesa de los persas llena de admiración al sóbrio árabe del desierto.

—«Oh señor, dijo al rey Moundir, ¿comen los reyes de Persia todos los días estos manjares numerosos y variados, ó solamente son gozos que se proporcionan en las fiestas fijas del año? Yo no veo aquí carne de camello, y estos alimentos ligeros solo son buenos para niños.»

Moundir le reconviene y hace avergonzar de su simplicidad é ignorancia.

Como lo que le sirvieron delante de los convidados; las copas circularon llenas de vino tan viejo como el mundo. Esclavas griegas, despojos de Bathramouth, escanciaban el licor y presentaban las copas. Estaban vestidas con túnicas de diversos colores y se parecían á lunas llenas que se levantan. Sabían que Antar era ya su amo, y se acercaban á él respetuosamente para servirle, previniendo sus menores deseos, cuando se levantaba ó sentaba espiondo sus pensamientos en sus ojos; pero Antar no se volvía jamás hacia las hermosas esclavas, porque el amor de Abla dominaba solo en su corazón.

—«Por qué, le decía el rey Moundir cuando los sueños del vino jugaban ya en su imaginación y las repetidas libaciones turbaban su espíritu, por qué no te agradan tus bellas esclavas, ni tu corazón se regocija con tu elevación y tu gloria? ¿Sueñas en un rango mas elevado é imaginas en tu país algo mas espléndido que esta noche de magnificencia? Deja esos tus tristes pensamientos, y toma de la hora presente lo que sea bueno, porque hoy has subido al rango de los reyes y si los hombres poderosos de tu tribu pudiesen verte en este momento, envidiarían tu suerte.»

Al escuchar Antar estas palabras suspiró, y lágrimas mal reprimidas corrieron por sus mejillas al recuerdo de su patria.

—«Por vuestra cabeza venerada, respondió al rey, estos favores no tienen á mis ojos valor ni encanto; porque mi corazón y mi pensamiento están en otro país, y ya sabeis que la patria tiene la mejor parte en los corazones, sobre todo cuando el hombre se ha dejado en ella á su amada; ausente del objeto de su amor, espera que su fantasma venga á vi-

sitarle en su sueño, ó que la brisa de su país sople hacia él.»

Exaltándose luego con la imagen de Abla, cantó estos versos:

«La frescura de la brisa matinal, que sopla del Yemen, cuando respiro su aliento aromático, es mas voluptuosa para mí que estas perlas, estas maravillas y estos tesoros amontonados bajo mis manos.»

Y el imperio del rey Chosroés no me tienta, cuando la imagen de mi amada se ha borrado de mis ojos.»

X.

—«Pídemelo que quieras, respondió el rey, y todo lo que mas brille á tus ojos entre las maravillas de mi imperio, juró dártelo en recompensa del servicio que me has hecho salvando el honor de la Arabia y de la Persia contra ese campeón de los romanos.»

Antar pidió al rey Chosroés la corona de piedras que brillaba sobre su cabeza, para que Abla ciniese con ella sus sienes el día de sus bodas y durmiese junto á él con esa brillante diadema. El rey añadió á este precioso regalo un escabel, especie de trono portátil, donde las mugeres árabes de alto rango se sentaban al apearse de sus camellos. Las fiestas, las ceremonias y las luchas continuaron por espacio de muchos días, después de los cuales Antar se despidió del rey de Persia y volvió á partir con el buen rey Moundir para tomar las mil camellas acefy que le había regalado aquel protector y conducir las á su tío Melek. Estas camellas iban ademas cargadas de los tesoros conquistados por Antar á sus enemigos, y de la corona y del trono del rey de Persia para Abla. El rey Moundir había agregado á todo esto cincuenta caballos de mano magníficamente enjaezados, cien doncellas esclavas y otros tantos esclavos escogidos entre los mas robustos y hermosos de sus montañas.

Antar marchó seguido de este cortejo, para el desierto, llevando delante sus esclavas, las camellas y camellos cargados de riquezas. Embriagante de alegría su felicidad y sus triunfos; pero el exceso de su impaciencia de ver nuevamente á Abla y la languidez de su amor á ella le ponían enfermo; aspiraba pensativamente la brisa que venía de las montañas del Yemen, no pensando sino en la dicha de presentarse rodeado de toda aquella prosperidad á las miradas de su tribu y deslumbrar á Abla con su esplendor, con su gloria y con la relación de sus hazañas. El ruido de su muerte, propalado por su hermano Cheioub, había destrozado el corazón de Abla; pero volvió á hallar la vida y su hermosura viendo el rostro de Antar.

XI.

Su tío Melek, vencido por este regreso triunfal, le concede su hija. El esclavo negro, enriquecido con los dones de Moundir y de Chosroés, llega á ser el mas poderoso y opulento de los árabes de la tribu de Abs. Deslizáronse los años en la paz, en la guerra, en nuevas empresas y en una constante felicidad al lado de la hermosa Abla, envidiada de todas las mugeres del Hedjaz y del Yemen.

Pasamos en silencio esos años monótonos de la vida de Antar para llegar á la muerte del héroe, uno de los cantos líricos mas bellos de todas las lenguas

XII.

En el curso de sus hazanas como jefe de su tribu, habia vencido Antar á uno de sus enemigos llamado Djézar, y para castigarle por sus agresiones contra su pueblo, le habia privado de la luz del dia haciendo pasar un sable candente por delante de sus ojos, y despues le habia dejado la vida, la libertad y hasta el rango supremo en su tribu.

Desde aquel tiempo, dice el poeta continuador del poema que cuenta en la misma lengua el canto fúnebre y la muerte heroica de Antar, desde aquel tiempo Djézar, hijo de Djaber, meditaba silenciosamente su venganza. Aunque sus ojos estaban privados de la luz, no habia perdido nada de su destreza en disparar flechas. Su oido, ejercitado en seguir los movimientos de las fieras al ruido de sus pasos, bastaba á guiar su mano, y jamás erraba golpe. Su odio, siempre atento, escuchaba ávidamente las noticias que la fama difundia acerca de su enemigo. Sabe que Antar, despues de una expedicion lejana y feliz contra las fronteras de Persia, vuelve al Yemen, cargado de tanta gloria y tesoros como él ha sacado otras veces de la corte de Chosroés, y que debe pasar al desierto vecino de su campamento.

Al oír Djézar esta relacion llora de envidia y de rabia, y llama á Nedjim, su esclavo fiel. — «Diez años han trascurrido, le dice, desde que un hierro encendido arrebató por orden de Antar la luz á mis ojos, y aun no estoy vengado. Pero al fin ha llegado el momento de apagar en su sangre el fuego que abrasa mi corazon. Dicen que Antar se halla acampado á orillas del Eufates. Allí es donde quiero ir á buscarle. Viviré oculto entre los canchales del rio hasta que el cielo entregue su vida á mis golpes.»

Djézar manda á su esclavo que le lleve su

camella que alcanza en su carrera al avestruz; ármase de su carcaj de flechas envenenadas. Nedjim hace arrodillar á la camella, ayuda á su amo á montar y toma el cabestro del animal para dirigir sus pasos hácia el lecho distante del Eufates: el guerrero ciego llenaba el desierto con sus amenazas y sus mugidos.

Despues de un largo dia de marcha al través del espacio sin agua, Djézar y su esclavo llegan á las orillas del Eufates, cuyo curso está trazado por la verdura de los árboles y de las yerbas de su lecho.

— «¿Qué ves á la otra orilla?» pregunta Djézar á su esclavo.

Nedjim dirige una mirada al otro lado del rio, ve tiendas ricamente adornadas, numerosos ganados, camellos que vagan en grupos por el llano, lanzas clavadas en tierra á las puertas de las tiendas, caballos enjaezados atados por los pies delante de la habitacion de sus dueños. A poca distancia del rio descollaba una tienda mas brillante y elevada que las demas, y á su puerta se levanta como un mástil una gran lanza de acero, junto á la cual hay un caballo mas negro que el ébano. Nedjim reconoce el noble corcel de Antar, el célebre Abjer y su lanza terrible. Hace detener á la camella de su amo detrás de los arbustos y juncos que los ocultan á todos los ojos y espera la hora de las tinieblas.

XIII.

Cuando la noche cubrió con sus sombras las dos orillas del Eufates, dijo Djézar el ciego á su esclavo:

— «Abandonemos estos lugares; las voces que oigo al otro lado me parecen demasiado lejos para el alcance de mis flechas. Aproximame á la orilla; mi corazon me dice que un golpe illustre va á inmortalizar mi nombre y mi venganza.»

Nedjim toma al ciego de la mano, lo acerca al agua, le hace sentar sobre la orilla enfrente de la tienda de Antar y le da su arco y su carcaj. Djézar elige la mas acerada de sus flechas, la coloca sobre la cuerda y con el oido atento espera la hora de la venganza.

Antar, entretanto, en los brazos de su esposa Abla, á quien cada dia amaba con mas ternura sin que hubiesen debilitado su amor diez años de posesion continuada, olvidaba debajo de su tienda sus fatigas y sus hazañas, cuando los ladridos lugubres de los perros, fieles guardianes del campo, viniéron á arrojar en su alma una inquietud profética.

Se levanta y sale de su tienda.

El cielo estaba sombrío y nebuloso. Camina á tientas por las tinieblas. La voz mas animada de los perros le atrae á la orilla del rio. Empu-

jado por su destino, avanza hasta el lecho del agua y sospechando la presencia de algun extranjero sobre la otra orilla, llama en alta voz á su hermano para enviarle á reconocer la margen opuesta.

Apenas su voz robusta resuena en el lecho cóncavo del valle del Eufates, repetida por las rocas de las montañas, cuando una flecha le atraviesa el costado derecho y penetra hasta sus entrañas.

Ningun grito, ningun gemido indigno de un héroe se escapan á su dolor; arranca el hierro con mano firme y grita con voz fuerte á su invisible enemigo:

— «Traidor, que no te atrevas á atacarme á la claridad del dia; no te escaparás de mi venganza, no gozarás del fruto de tu perfidia!»

Al oír el ciego Djézar esta voz, que le hace creer que su flecha ha ido mal dirigida, lleno de terror ante la idea de la venganza de Antar, se desmaya sobre la orilla y su esclavo suponiéndole muerto, huye en la camella, abandonando á su amo inanimado sobre la arena. El hermano de Antar atraviesa el rio á nado, tropieza con un cuerpo que cree ser un cadáver y lo traslada sobre sus espaldas con arco y flechas al campamento.

XIV.

Antar, tendido debajo de su tienda y en medio de sus amigos consternados, sufría horribles tormentos; la tierna Abla contenia su sangre regando la herida con sus lágrimas.

Conducen á la tienda el cuerpo del asesino, su arco y sus flechas. Antar reconoce el rostro mutilado de su enemigo y ya no duda de que esté envenenada la flecha disparada por semejante mano. La esperanza abandona su corazon y la muerte se presenta inevitable á sus ojos.

— «Esposo mio, le dice tiernamente Abla, ¿por qué renuncias á la esperanza? Una ligera herida de flecha debe alarmar al que has oporinado sin temor tantos sables y lanzas, como lo prueban las muchas cicatrices que cubren tu cuerpo?»

— «Abla, responde Antar, mi vida está contada. Mira las facciones de este rostro: es Djézar; la flecha del traidor está envenenada!»

A estas palabras llena Abla la noche con sus sollozos, rasga sus vestidos, arranca sus largos cabellos y recoge polvo que derrama sobre su cabeza. Todas las mugeres del campo responden á sus gemidos.

— «Querida esposa, dice Antar á Abla, ¿quién defenderá tu honor y tu vida despues de la muerte de Antar en ese largo viage que tienes que hacer por entre nuestros enemigos antes de llegar al pais de tu padre? Solo un segundo esposo, otro yo mismo, puede ahorrarte las desgracia de la esclavitud. De todos los guerreros

del desierto Zeid y Amnem son los únicos, cuyo valor protegerá mejor tu vida y tu libertad; elige á uno de los dos, y vé á prometerle tu mano.»

Abla no responde sino con sus lágrimas á un pensamiento que le causaba horror.

— «Para volver á la tierra que habitan los hijos de Abs, para asegurar tu paso por el desierto que te separa de ellos, coge mis armas y monta mi corcel Abjer. Con este disfraz que hará creer á nuestros enemigos que existo todavía no temas ser atacada. Nada respondas á los que te saluden en el camino; la vista de las armas y del caballo de Antar bastará para intimidar á los mas atrevidos.»

XV.

Antar, despues de estas palabras da orden para la partida. Levantan las tiendas, las plegan y cargan sobre los camellos. Abla, inundada en sus lágrimas, se deja revestir por obediencia la pesada armadura de Antar. Ciñéndose su sable y empuñando la lanza, monta en su corcel Abjer, en tanto que los esclavos acuestan á Antar espirante en la litera que Abla solia ocupar en tiempos mas felices, cuando atravesaba como una reina el desierto.

Apenas habian perdido de vista las verdes márgenes del Eufates para penetrar en la inmensidad del desierto, cuando distinguieron á lo lejos tiendas semejantes á puntos sombríos en el horizonte, ó á una franja negra del azulado manto de los cielos. Era una tribu fuerte y numerosa.

Trescientos hombres á caballo se destacan de ella para venir á caer sobre la caravana; pero al acercarse reconocen la litera y el caballo. «Son Antar y Abla se dicen en voz baja unos á otros. Hé ahí sus armas, su caballo Abjer y la magnífica litera de Abla. Volvamos á nuestras tiendas y no nos esponamos á la cólera de esos invencibles guerreros.»

Ya volvían grupas cuando un viejo chaique, mas reflexivo y penetrante que los jóvenes, les dijo:

— «Hijos míos, aquella es en efecto la lanza de Antar, aquel su casco, su armadura y su corcel, cuyo color se asemeja á una noche oscura; pero no es su elevada estatura, ni su varonil actitud; es la talla y el continente de una muger tímida, abrumada bajo el peso del hierro que lastima sus miembros delicados. Creed mis sospechas, Antar ha muerto, ó bien una enfermedad mortal le impide montar á caballo, y ese falso guerrero que lleva Abjer, es Abla que se habrá revestido con las armas de su marido para intimidarnos, mientras el verdadero Antar, yace acaso moribundo en la litera de las mugeres.»

Reconociendo los ginetes algo de verdad en

las palabras del anciano vuelven atrás y siguen á cierta distancia la caravana, aunque sin atreverse todavía á atacarla.

XVI.

Entretanto la delicada mano de Abla cedia bajo el peso de la lanza de hierro, y se ve obligada á entregarla al hermano de su marido, que marchaba á su lado, y poco despues, cuando el sol, llegado á la mitad de su carrera, abrasaba con sus rayos la arena del desierto, Abla, abrumada de angustia y de fatiga, se levanta la visera de su casco para limpiarse el sudor que bañaba su frente. Los ojos de los árabes enemigos que la espían distinguen la blancura de su rostro.

—«No es el negro, esclaman, y con toda la celeridad de sus caballos se lanzan tras las huellas de la caravana de Antar.»

Al oír el galope y los relinchos de los caballos que venían detrás y la voz de Abla que le llama, Antar que reposaba medio muerto en la litera, se incorpora, asoma su cabeza por entre las cortinas y lanza por última vez su grito terrible de guerra que encoge los corazones en los pechos.

A este grito conocido de todo el desierto las crines de los caballos se erizan y llevan á sus ginetes helados de espanto.

«Desgraciados de nosotros! se dicen los árabes enemigos de Abs, Antar respira todavía; es un lazo que nos ha tendido para nocer qué tribu era la que se atrevía á ambicionar despues de él la conquista de su esposa y de sus bienes.»

Un número escaso solamente, confiando siempre en la voz de su anciano jefe, continúan siguiendo de lejos á la caravana.

XVII.

Antar, á pesar de su debilidad, deja la litera á Abla y vuelve á montar en Abjer, cubierto con sus armas, marchando al lado de ella lentamente.

Al concluir el día llegaron á un valle poco distante del territorio de la tribu de Abs. Esta garganta se llamaba *el Valle de las Gacelas*. Rodeado de montañas inaccesibles, para penetrar en él por el lado del desierto, era preciso introducirse por un desfiladero estrecho y tortuoso donde apenas podían marchar de frente tres ginetes.

Deteniéndose Antar en la boca de este desfiladero, hizo entrar primero los ganados, los

esclavos, y lo camella que llevaba la litera de su querida Abla. Luego que toda la caravana estuvo en seguridad en el valle, vino á colocarse solo de centinela en el extremo del desfiladero, enfrente del llano y de los árabes que le seguían de lejos. En aquel momento, se aumentan sus dolores, siente rasgarse sus entrañas, cada paso de su corcel le hace experimentar suplicios parecidos al fuego del infierno. La muerte invade sus miembros y respeta su alma intrépida. Hace frente á los árabes, detiene á Abjer, clava su lanza en tierra por la punta y apoyándose sobre el asta como un guerrero descansando que deja respirar á su caballo, permanece inmóvil en la entrada del desfiladero.

XVIII.

A este aspecto los treinta guerreros que habían seguido hasta allí las huellas de su caravana se paran también tímidos y vacilantes á algunos centenares de pasos del héroe.

«Antar, dicen entre sí, ha observado que seguimos su marcha, y nos espera allí para esterminarnos á todos; aprovechemos las sombras de la noche que cae para escapar de su sable y renunirnos con nuestros hermanos.»

Pero el viejo chaique, insistiendo en su pensamiento, los contiene todavía y les dice en voz baja:

—«Amigos, no escuchéis esos consejos del miedo. La inmovilidad de Antar es el sueño de la muerte. ¿Pues qué! ¿no conocéis su valor impetuoso? ¿Antar ha esperado jamás á su enemigo? Si estuviese vivo ¿no se lanzaría sobre nosotros como el buitre sobre su presa? avanzad, pues, resueltamente, y si no quereis arriesgar vuestras vidas contra su espada, quedaos aquí á lo menos hasta que la aurora venga á alumbrar vuestras sospechas.»

XIX.

Medio persuadidos por el anciano los treinta guerreros se deciden á quedarse donde están; pero siempre inquietos y alarmados al menor torbellino de polvo que el viento levanta alrededor de los pies de Abjer, pasan toda la noche á caballo sin permitir á sus ojos cerrarse al sueño.

En fin, el día empezó á blanquear el cielo y aclarar las sombras que cubrían el desierto. Antar seguía en la misma actitud á la entrada del desfiladero; su corcel dócil al pensamiento de su amo, aun despues de muerto, permanece inmóvil como él.

A esta estraña aparición asombrados los guerreros consultan entre sí largo rato antes de tomar una resolución. Todas las apariencias les dicen que Antar ha cesado de vivir, y sin embargo, ninguno de ellos se atreve á avanzar para asegurarse de ello, tan fuerte es el hábito del terror que aquel héroe los inspira!...

El viejo chaique quiere convencerse por sí mismo y convencerlos por medio de una prueba antes de huir ó avanzar. Se apea de su yegua, le suelta la brida y picándola en las ancas con la punta de su lanza, la echa hácia la entrada del desfiladero. Apenas el animal llegó corriendo cerca de la garganta de la montaña, cuando el fogoso Abjer, respirando sus miasmas, se arroja relinchando tras los pasos de la yegua sin ginete. Al primer brinco que dió el caballo, Antar sostenido solamente por el asta de lanza que se oculta debajo de él, cae como una torre y el ruido de sus armas resonó en el desfiladero.

A esta caída, á este rumor de un cuerpo inanimado cayendo sobre el suelo, los treinta guerreros corren hácia el cadáver tendido á los pies de sus caballos, y se admiran de ver acostado sin movimiento sobre el polvo al que hacía temblar la Arabia. No se causan de medir con la vista sus miembros y su estatura colosal. Renunciando á atacar á la caravana de Abla, á quien las astucias de su moribundo esposo habían dado una noche entera para ponerse en salvo y llegar hasta las tiendas de la tribu de Abs, los guerreros se contentan con despojar al héroe de sus armas para llevarlas á su tribu como un trofeo conquistado á la muerte. En vano se esfuerzan por apoderarse de su corcel. El fiel y soberbio Abjer, despues de haber olfateado á su amo, conoce que ya no puede tener otro ginete digno de él, y mas rápido que el rayo se le escapa, desaparece á sus ojos y se hunde para siempre en la libertad del desierto.

Se dice que el viejo chaique, enternecido con la suerte de un héroe que habían ilustrado tantas hazañas, lloró sobre su cadáver, le cubrió de arena y le dirigió estas palabras: «Gloria á ti, bravo guerrero, que durante tu vida has sido el defensor de tu tribu, y que aun despues de tu muerte has salvado á tus hermanos por medio del terror de tu cadáver y de tu nombre! Viva eternamente tu alma, y ¡ojalá que los refrigerantes rocíos puedan humedecer la tierra de tu última hazaña!»

Tal es la historia de Antar; tal es el poema de que ese árabe, pastor, guerrero y poeta, fué al mismo tiempo cantor y héroe. Este poema histórico, igual frecuentemente por el instinto, por las costumbres y por la poesía á *Homero*, *Virgilio* y el *Tasso*, es recitado hoy todavía bajo las tiendas de los árabes del desierto de *Damasco*, *Alepo* y *Bagdad*, durante las veladas de los conductores de camellos ó durante los altos y el descanso de las caravanas. No despreciamos á nadie. Si la poesía literaria de un pueblo es uno de los monumentos naciona-

les que pueden servir á la posteridad para medir con mas certidumbre el grado de civilización moral é intelectual á que ha llegado aquel pueblo en masa, convehgamos en que esas razas sencillas y pastoriles que adornan su memoria y encantan sus oídos con la lectura de una epopeya tradicional, tan heroica y tan pura como el poema de Antar, son por lo menos iguales en delicadeza de gusto y en nobles placeres de espíritu á esas poblaciones sedentarias del Occidente, tan orgullosas y vulgares á la vez, que no tienen por poemas mas que la narracion de las hazañas de algunos malvados que se hacen célebres por sus crímenes, ó algunos romances épicos llenos de crápula, de inmoralidad y de vino; entre esta poesía de la taberna y aquella poesía del desierto, ¿qué corazon puro y recto, y qué imaginacion casta podría vacilar? La tienda es la civilizada; solo la taberna es la bárbara.

La razon de esto consiste en que hay dos civilizaciones; la civilización material y mecánica que obra sobre la materia y produce en último resultado la riqueza, y la civilización moral que obra sobre las almas y produce en definitiva ideas, costumbres, heroísmo y virtudes. Apreciemos la primera por lo que vale, es decir, el bienestar; apreciemos la segunda por lo que inspira, esto es, los sentimientos. Los pueblos verdaderamente civilizados son los que reunen ambas, y á este objeto deben aspirar los gobiernos, los legisladores, los economistas, los moralistas, los escritores y los poetas; pero si fuese absolutamente indispensable escoger entre estas dos civilizaciones generalmente opuestas, no vacilaríamos en pronunciarnos por la civilización de las almas contra la civilización de los cuerpos. Hay, á juicio nuestro, mas civilización en un versículo del Evangelio, en un axioma de filósofo ó en un verso de poeta arrojados perpétuamente en la memoria y en las costumbres de un pueblo, que la hay en el palacio de cristal de Londres y en la esposicion de todas las industrias del universo. Vuestros talleres, vuestras fábricas, vuestras manufacturas y vuestras máquinas producirán maravillas en el tejido y cincelado; pero todas las máquinas del universo no producirán jamás ni una idea, ni un sentimiento: son la mano de la humanidad, pero no son el alma. No es la mano la que hace al hombre; algunos de los seres mas despreciados de la creación tienen una mano tan completa como la vuestra, y sin embargo están irrisoriamente relegados al último rango de la escala. ¿Por qué? Por que no tienen la palabra, y la palabra sola, máquina viva de la verdad, contiene la luz, la religión, la moral de lo bello y de lo bueno, un alma en fin. ¡Gloria á la palabra! Ella es la única medida de la civilización. He aquí por que pobres árabes pastores tienen un poema épico en sus desiertos, y vosotros no tenéis en vuestras capitales industriales para vuestra taberna de trabajadores mas que tabernas y romances.